

Piedras màgicas

William Carro



Capítulo 1

Piedras mágicas, un cuento navideño. - Lautaro y Pedro se conocían desde primer grado en la escuela, por la ley de que los opuestos se atraen, desde el primer día de clase se sentaron en el mismo banco; la situación se mantuvo durante todos los años. Lautaro era un niño retraído, pálido y flacucho, ojos oscuros y siempre con pelo corto peinado a la gomina; siempre pareció mayor que todos sus compañeros; Pedro era muy avisado, regordete, pelirrojo, lleno de rulos y de ojos azules. La blanca túnica escolar como siempre igualaba a todos los niños. La simbiosis que formaban residía en un pacto escolar en el cuál Pedro trataba de que Lautaro no fuera víctima de bromas por su apariencia y Lautaro cuando podía le explicaba algún ejercicio o le pasaba algún papelito con algún dato histórico o geográfico cuando el maestro interpelaba.

En sus vidas particulares era donde las diferencias sociales los separaban, Lautaro era hijo único, vivía con sus padres en una hermosa casa y tenía lo mejor de lo que un niño puede tener, materialmente hablando; sus padres siempre estaban ausentes y desde que nació estuvo al cuidado de una niñera que se llamaba Alicia, él le decía Nana. Pedro tenía cinco hermanos mayores y vivía en una casa del barrio obrero con sus padres, a los que sí veía seguido. Cuando no estaban en la escuela, Lautaro normalmente vestía de camisa blanca con un blazer, pantalones cortos, medias blancas y zapatos abrochados; Pedro vestía según la situación con ropa heredada de sus hermanos, pero casi siempre se lo veía con una camiseta verde con franjas horizontales blancas, un pantalón bastante roído con un tirador y unas viejas botas que habían pasado por varios pares de pies; de la presilla del tirador siempre colgaba una bolsita llena de piedras de varios tamaños.

Pedro era un niño bastante libre y con sus amigos del barrio salía a recorrer la ciudad en busca de aventuras; se los veía corriendo en cada cuesta abajo empujando sus aros dirigiéndolos con la varilla con mucha habilidad, otros iban en viejas y emparchadas bicicletas, normalmente su destino era un arroyo cercano donde terminaban pescando y comiendo alguna manzana o naranja tomada prestada del árbol de algún vecino. En una de las excursiones Pedro comenzó a escuchar música que salía de la ventana de una gran casa, se acercó para escuchar la linda melodía y vio a Lautaro tocando un violín, con un profesor a su lado, quedó petrificado escuchando los sonidos del instrumento, nunca había sentido algo así, cuando se dio cuenta que Lautaro lo vio, salió corriendo.

Al otro día en la escuela Pedro no comentó nada de aquel episodio, cuando salieron al recreo Lautaro se le acercó y dijo - ¿te gustó lo que escuchaste?, Pedro le contestó - si mucho, pero no sé qué música es, es música clásica dijo Lautaro, estudio violín desde los cinco años y recién estoy comenzando, - nunca me contaste que estudiabas música dijo

Pedro; con algo de pesar Lautaro le contó todas las actividades que realizaba, Violín, Piano, inglés y alemán que era la lengua de sus padres, - ¿cómo haces con todo eso y la escuela? Cuando jugás? Preguntó Pedro - tengo muchos juguetes, pero no tengo con quién jugar.

Al volver a la clase Pedro no pudo concentrarse en las enseñanzas del maestro, sintió que su relación con Lautaro había cambiado, después de muchos años lo empezaba a conocer realmente. El año escolar estaba terminando, los chicos ya tenían diez años y se sentían más grandes; Lautaro y Pedro sabían que en unos días dejarían de verse diariamente, pero en ese verano las cosas cambiarían para los dos.

Una de las correrías de Pedro desembocó en la calle de Lautaro, se sorprendió al ver a Lautaro sentado en el umbral de su puerta; caminó hacia él abandonando a sus amigos y le preguntó - que estás haciendo, - nada, se terminaron mis actividades dijo Lautaro, - querés venir conmigo al arroyo? preguntó Pedro Hoy hace calor y tal vez nos podemos bañar, Lautaro pensó, sus padres no estaban en la ciudad, ya estaba grande para pedirle permiso a su Nana y dijo - bueno dale, Pedro se alegró y la despareja pareja de amigos corrieron para alcanzar a los demás. Llegaron al arroyo y cada uno a lo suyo, los más grandes nadaban, otros pescaban y un poco más apartados el resto intentaba hacer sapitos con piedras en el agua, era como un campeonato, Pedro sacó de su bolsita una piedra y poniéndose en una rara posición lanzó la piedra que hizo doce sapitos, fue el récord del día; Lautaro se animó, tomó una piedra, trató de imitar a Pedro y la lanzó, un solo pique y al fondo del arroyo; se sintió frustrado y no probó otra vez por miedo al ridículo. Pedro lo animó y le dijo - tenés que entrar al agua hasta la altura del tobillo, doblar las rodillas y agachar la cabeza, vos sos derecho, ponete un poco de perfil y con el brazo a la altura de las rodillas tiras la piedra; para Lautaro era difícil armar toda esa mecánica corporal, era alto de brazos largos y le costaba doblar las rodillas, tomó nota de todo lo dicho por Pedro en una libretita que llevaba, pero no intentó nuevamente.

Pasaron los días y se acercaba navidad, Para Lautaro era la mejor época del año, sus padres estaban en casa y se armaba el gran árbol, llegaban parientes de visita y se hacían fiestas, la casa se llenaba de alegría y empezaban a aparecer los regalos debajo del árbol. En parte su vida ya había cambiado, Pedro lo venía a buscar todos los días y el lazo ahora sí de una amistad plena, lo hacía muy feliz. Un día le dijo a Pedro que no quería ir al arroyo, lo invitó a conocer su casa y mostrarle sus juguetes, Pedro dijo sí inmediatamente, cuando entró quedó fascinado con el hermoso árbol navideño y notó un gran entusiasmo en Lautaro por la llegada de Papa Noel; Pedro ya conocía quien era realmente Papa Noel pero decidió no contarle la verdadera historia para mantener su inocencia el mayor tiempo posible, a él sus hermanos mayores le habían quitado esa ilusión a los cinco años. Fueron a un gran cuarto y Lautaro abrió un mueble dónde en decenas de cajas había juguetes de todo tipo, eran

tantas cosas que no sabías con que jugar, Lautaro dijo – te acordás que te conté que no tenía con quien jugar, son todos juguetes para compartir con alguien, cómo jugás al ludo sólo o al ajedrez, hasta hay juguetes repetidos; de una caja tomaron unos autitos de lata y se divertieron toda la tarde.

Los días discurrían en esa dinámica, unos días en el arroyo, otros días en lo de Lautaro, algunos días Lautaro invitaba a algunos de los amigos de Pedro y pasaban tardes fantásticas. El día anterior a Navidad, Pedro trajo un pequeño regalo envuelto en papel de diario con una nota dirigida a Lautaro, se las ingenió para acercarse al gran árbol y lo dejó entre el montón de paquetes. El día de navidad Lautaro se levantó temprano, todos en la casa dormían como lo hacía todos los años bajo al gran salón donde lo esperaban un montón de regalos, los fue abriendo y como siempre encontró juguetes repetidos no quedando conforme con ninguno, de pronto vio cerca del pie del árbol el bollito de papel de diario con una tarjeta con su nombre, la abrió y decía, “Lautaro, este año te has portado muy bien, este regalo es especial, son piedras mágicas, con amor Papa Noel”; abrió el bollito de papel y era una bolsita llena de piedras igual a la de Pedro, saltó de alegría y se fue a esperar en el umbral de su puerta que éste apareciera, mientras esperaba tuvo una revelación, aprovechando la quietud y sin hacer ruido alguno entró de vuelta, juntó todos sus regalos los puso en una gran bolsa y también fue a buscar al mueble y llenó la bolsa con más juguetes y le agregó una tarjetita.

En la calle estaba estacionado el flamante Ford T de su padre, abrió el gran maletero y como pudo escondió la gran bolsa dentro, se volvió a sentar en el umbral; estaba ansioso y miraba para la esquina continuamente, a los quince minutos apareció Pedro con algunos de sus amigos, raramente bien vestidos con una camisa nueva y unos relucientes zapatos, - hola amigo, le gritó, Lautaro saltó del umbral y salió a su encuentro – que te dejó Papa Noel? Pregunto - acá nos ves, ahora parece que desde el polo norte mandan ropa en lugar de juguetes, parecemos todos muñequitos de torta, no se puede creer, y a vos que te dejó Don Noel? - no lo vas a creer, una bolsa con piedras igual a la tuya, pero dice que son mágicas - que bueno entonces vamos al arroyo a ver que hacen esas piedras ágicas, esperen dijo Lautaro, también me dejó algo para ustedes; abrió el maletero del auto y en la tremenda bolsa decía “para tus amigos”, todos empezaron a saltar y a correr – no hagan ruido dijo Lautaro, mi familia duerme, mejor vamos al arroyo y abrimos la bolsa a ver que hay dentro, - de acuerdo dijeron todos. Entre risas y abrazos llegaron al arroyo, abrieron la gran bolsa y había juguetes para todos, se sacaron la ropa nueva y se tiraron todos al agua para festejar, incluso Lautaro. Cuando todo se calmó y disfrutaban de los juguetes, Pedro se acercó a Lautaro y le preguntó - No vas a probar las piedras? - como las pruebo? Respondió Lautaro - ahí está el arroyo, proba hacer algún sapito, pero seguí bien las instrucciones que escribiste; Lautaro sacó una piedra de la bolsa, entró en el agua hasta los tobillos, flexionó las rodillas y con

los ojos cerrados tiró la piedra, se contaron quince sapitos, récord mundial; lo subieron en andas y recorrieron toda la rivera del arroyo. Una duda recorrió el cuerpo de Lautaro, si seguía tirando piedras se le terminarían, Pedro lo vió pensativo y le preguntó - que te pasa? - qué pasa cuando se terminan las piedras? - vení conmigo que te muestro algo. Salieron caminando por la rivera del arroyo, a unos cien metros el arroyo hacía un rulo a la izquierda y formaba una pequeña playa con miles de piedras de canto rodado, perfectas para hacer sapitos, -este lugar lo conocemos Noel, yo y ahora vos, cuando se terminen tus piedras venís sólo y juntas algunas, no muchas, porque Papa Noel tiene que darles piedras mágicas a muchos niños.